

Lunes

33ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 1 Macabeos 1,10-15.41-43.54.62-64

En aquellos días, ¹⁰ de aquellos generales salió un retoño impío, Antíoco Epifanes, hijo del rey Antíoco. Había estado en Roma como rehén, y comenzó a reinar el año 137 de la era de los griegos. ¹¹ Por entonces surgieron israelitas apóstatas que sedujeron a muchos diciendo:

–Pactemos con los pueblos de alrededor, pues desde que nos hemos separado de ellos nos han venido muchos males.

¹² Les pareció bien la propuesta, ¹³ y algunos del pueblo fueron a ver al rey. El rey les autorizó a seguir las costumbres paganas ¹⁴ y, siguiendo dichas costumbres, edificaron un gimnasio en Jerusalén, ¹⁵ disimularon la circuncisión, abandonaron la alianza santa para asociarse a los paganos y se vendieron para hacer el mal.

⁴¹ El rey ordenó que todos sus súbditos formaran un solo pueblo ⁴² y que cada uno abandonara sus costumbres propias. Todos los gentiles aceptaron la orden del rey, ⁴³ y muchos israelitas se acomodaron a la religión oficial, ofrecieron sacrificios a los ídolos y profanaron el sábado.

⁵⁴ El quince del mes de Casleu del año ciento cuarenta y cinco, Antíoco mandó colocar un altar sacrílego encima del altar del sacrificio y edificó altares en las ciudades judías de los alrededores. ⁵⁵ En las puertas de las casas y en las calles se

ofrecía incienso; ⁵⁶ rasgaban y quemaban los libros de la ley que encontraban. ⁵⁷ Al que le encontraban el libro de la alianza y al que observaba la ley se les condenaba a muerte de acuerdo con el decreto real. ⁶² Pero hubo muchos israelitas que se mantuvieron firmes y decidieron no comer alimentos impuros. ⁶³ Prefirieron morir antes que contaminarse con tales alimentos y profanar la alianza santa, y efectivamente murieron. ⁶⁴ Una cólera terrible se abatió sobre Israel.

➔ El primer libro de los Macabeos, del que sólo tenemos la versión griega, relata los acontecimientos de la insurrección judía contra Antíoco IV de Siria, en el siglo II a. de C. Los fragmentos que constituyen la lectura de hoy presentan la figura del rey perseguidor, así como la de los impíos que, entre los mismos israelitas, abandonaron la fe de los padres para seguir la idolatría del dominador.

Antíoco IV es definido, desde el mismo momento de su ascensión al trono, como un «*un retoño impío*» (v. 10). Sin embargo, la atención se concentra de inmediato en los judíos que se pusieron de parte del rey pagano, que eran, por tanto, todavía más condenables que él: éstos traicionaban esperando obtener ventajas personales, y por eso se dice de ellos que se «*vendieron*» (v. 15). Fueron ellos quienes introdujeron los usos paganos en la ciudad santa: construyeron el gimnasio, renegaron de la alianza, ocultaron de una manera artificial el signo sagrado de la circuncisión. Los vv. 41-43 refieren el decreto del rey que unificaba a los pueblos sometidos aboliendo las leyes particulares y las autonomías: es una unidad buscada en oposición a la voluntad del Señor, como en el mito de la torre de Babel. Fueron muchos los judíos que aceptaron la imposición y abandonaron la ley del Señor, particularmente el precepto del sábado.

El colmo de la profanación se produjo cuando Antíoco hizo colocar un ídolo sobre el altar del templo de Jerusalén y ordenó hacer sacrificios a los ídolos en todas las

ciudades de Judá. La persecución se abatió sobre los judíos fieles: la simple posesión de libros sagrados, que tenían que ser destruidos, era castigada con la muerte (vv. 54-57). Con todo, muchos conservaron la fe a pesar de la persecución: siguieron escrupulosamente la observancia de las disposiciones alimentarias por ser el símbolo de una fidelidad que se debía conservar incluso a costa de la vida. Esta perseverancia de los creyentes desencadenó el furor de los perseguidores (vv. 62-64).

Evangelio: Lucas 18,35-43

³⁵ Cuando se acercaba Jesús a Jericó, un ciego, que estaba sentado junto al camino pidiendo limosna, ³⁶ oyó pasar gente y preguntó qué era aquello. ³⁷ Le dijeron que pasaba Jesús, el Nazareno. ³⁸ Entonces él se puso a gritar:

–Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí.

³⁹ Los que iban delante le reprendían diciéndole que se callara. Pero él gritaba todavía más fuerte:

–Hijo de David, ten compasión de mí.

⁴⁰ Jesús se detuvo y mandó que se lo trajesen. Cuando lo tuvo cerca, le preguntó:

⁴¹ –¿Qué quieres que haga por ti?

Él respondió:

–Señor, que recobre la vista.

⁴² Jesús le dijo:

–Recóbrala; tu fe te ha salvado.

⁴³ En el acto recobró la vista y siguió dando gloria a Dios. Y todo el pueblo, al verlo, se puso a alabar a Dios.

➡ Los dos personajes, Jesús y el ciego, se perfilan sobre el fondo de la muchedumbre, que sirve de contraste. El movimiento de ambos es opuesto y convergente: el ciego «*estaba sentado*» con una actitud de inactividad pasiva y resignada (pide limosna), de marginación y aislamiento (junto al camino); Jesús se hace prójimo, «*se*

acercaba» a la ciudad rodeado por la gente que se apiña, tal vez sólo por curiosidad, a su alrededor.

El ciego, sin embargo, parece ir despertando de manera progresiva a la vida: de la curiosidad (v. 36) a la petición insistente (v. 38ss), hasta la fe y el seguimiento (vv. 41-43). Se distingue de la muchedumbre no ya por su enfermedad, sino porque toma conciencia de su propia condición y pide ayuda: intentan hacerle callar, pero él grita cada vez más fuerte. Jesús, por el contrario, pasa del movimiento a la detención: «*se detuvo*» para oírle y le escucha casi en sordina, sólo después de su petición (v. 41), sin realizar ninguno de los gestos que acompañan a menudo a los milagros. Parece como si quisiera ceder al ciego el papel principal: «*¿Qué quieres que haga por ti?*» y «*tu fe te ha salvado*» son dos expresiones que ponen el acento voluntariamente en la oración y en la fe, más que en las dotes extraordinarias del taumaturgo.

El protagonista es el ciego, figura y modelo de la humanidad necesitada de salvación: se produce en él un cambio interior, una conversión, más importante que la curación, que es sólo una manifestación externa. La transformación del hombre convertido y salvado tiene consecuencias sobre los que asisten a ella: la muchedumbre de los curiosos, que antes le reprendía por lo molesto de sus gritos, «*al verlo, se puso a alabar a Dios*» (v. 43).

MEDITATIO

Hay muchos modos de ser ciegos y muchos modos de ver. «Lo esencial es invisible a los ojos», dice el principio de Saint-Exupéry, y tal vez por eso el ciego de Jericó parece tener gancho. Tiene necesidad de los otros para saber quién es el que pasa seguido de tanta gente, pero, a diferencia de los otros, no se detiene en la primera apariencia —«*le dijeron que pasaba Jesús, el Nazareno*»—,

sino que va más allá del reconocimiento de la identidad de Jesús: «*Hijo de David, ten compasión de mí*».

Así pues, en la primera lectura, la astucia ilusoria de los impíos, que siguen un «razonamiento» aparentemente clarividente y prudente –«*pactemos con los pueblos de alrededor*»–, se contrapone a la «locura» de los que prefieren morir antes que romper la alianza con el Señor.

El Evangelio impone una opción de vida: o con él o contra él. Impone un vuelco, un dar la vuelta a nuestros modos de ver, un cambio radical en el modo de pensar y actuar, una *conversión*. Ésta es la verdadera vida que los testigos de la fe saben elegir y la que les hace fuertes y capaces de afrontar el martirio. Ésta es la curación obrada por Jesús, que abre los ojos al ciego y nos los puede abrir también a nosotros, que somos ciegos sin saber que lo somos.

ORATIO

Te lo ruego, Señor, haz que vea. Que vea quién eres, que sepa reconocerte entre la multitud cuando pases mezclado con los desconocidos de los que no me preocupo, cuando te escondas en el mendigo que me importuna o en la persona cansada a la que no quiero ceder el asiento en el autobús.

Te lo ruego, Señor, haz que reconozca mi debilidad. Que reconozca que tengo necesidad de ti, que sea capaz de invocar tu ayuda y pedirte perdón cuando te escondes en los hermanos a los que he ofendido, en los que me resultan antipáticos, en los rivales a los que tal vez intento enredar en mi propio beneficio.

Te lo ruego, Señor, haz que acepte cambiar. Que acepte convertirme, que no pretenda que no tengo necesidad, que siempre acierto en mis convicciones y mis hábitos. Que sea capaz de levantarme del cómodo rincón que me

he creado, para seguirte por tu camino, el único que lleva a la vida.

CONTEMPLATIO

El ciego es símbolo de todo el género humano, expulsado del paraíso terrenal en la persona de su primer padre, Adán. Desde entonces, los hombres han dejado de ver el esplendor de la luz eterna. A pesar de todo, la humanidad está iluminada por la presencia de su Salvador, de suerte que puede ver –al menos con el deseo– el gozo de la luz interior y caminar con los pasos de las buenas obras por el camino de la vida. Mientras nuestro autor se acerca a Jericó, el ciego recobra la vista. Eso quiere decir que cuando el Señor asume la debilidad de nuestra naturaleza, el género humano recobra la luz que había perdido. La respuesta al gesto de Dios, que empieza a padecer las debilidades humanas, es el nuevo modo de ser del hombre, elevado a alturas divinas.

El que ignora el esplendor de la luz eterna es ciego, y el que cree en el Redentor se sienta junto al camino. Sin embargo, si, aun creyendo, se olvida de pedir para recibir la luz eterna, es un ciego que se sienta junto al camino sin mendigar. Por eso, todo el que reconoce las tinieblas de su propia ceguera invoca con todas las fuerzas del alma: «*Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí*».

Insistamos con vigor en la oración, detengamos en nuestra alma a Jesús, que pasa. Cuando insistimos con fuerza en la oración, Jesús se detiene para volver a darnos la luz. En consecuencia, queridos hermanos, si conocemos ya la ceguera de nuestro peregrinar; si, con la fe en el misterio de nuestro Redentor, ya estamos sentados junto al camino; si, con la oración cotidiana, pedimos la luz de nuestro autor; si, además, después de la ceguera, somos iluminados por el don de la luz que penetra en nosotros, esforcémonos en seguir con las obras

al Jesús que conocimos con la inteligencia. Observemos a dónde se dirige el Señor y, con la imitación, sigamos sus huellas. En efecto, sólo sigue a Jesús quien le imita... (Gregorio Magno, *Homilías sobre los evangelios* II, 1-8, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí» (Lc 18,38ss).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La experiencia de la luz en la luz nos hace intuir una presencia que no vemos con sus contornos, puesto que el Señor no tiene limitaciones. Sin embargo, «gustamos» su presencia. Todas las manifestaciones de Dios en la Biblia van en este sentido. Existe una presencia, Dios habla, pero no le vemos (Ex 3,1-6; 33,18-23). El hombre lo siente, participa de su luz, pero no ve al Señor (Ex 34,29; 2 Cor 3,7-4,6). La experiencia de una presencia que no se ve es luz porque se «siente» que el Señor es el Dios «*misericordioso y piadoso, lento a la rica y rico en gracia y fidelidad*» (Ex 34,6ss). Como a Moisés, esta experiencia nos lleva a invocarle «*mientras está cerca*» (Is 55,6) con una certeza confiada de que seremos oídos, porque él es «*rico en misericordia con los que le invocan*» (Sal 85,8; Rom 10,12) y no deja a nadie sin respuesta (Ecl 2,12). De hecho, como su grandeza, así es su misericordia (Ecl 2,18; Sab 7,7).

Es luz porque se percibe la presencia de una Bondad que nos envuelve y que antes no conocíamos. Por consiguiente, es un nuevo modo de ser, puesto que esta «presencia» nos libera de nuestras tinieblas, de nuestra soledad. Instauro una nueva relación con nosotros mismos. Nos damos cuenta de que somos diferentes porque somos amados, algo que antes no era posible. Estábamos ciegos, había una oscuridad en la que estábamos sumergidos. Ahora existe la luz, la luz del amor. «*En un tiempo fuisteis tinieblas, ahora sois luz en el Señor.*» Y la luz, como

decíamos, no se puede expresar en cuanto tal; se percibe en la luz, pero su expresión necesita concretarse. Por eso «*el fruto de la luz consiste en toda bondad*» (Ef 5,8ss). Se trata de la experiencia de la bondad del Señor, que ilumina el corazón y se difunde en todo nuestro ser.

La experiencia de esta Bondad se convierte, si así podemos llamarla, en oración. Es oración en el sentido de que el amor quiere crecer, la alegría quiere ser completa y la alabanza quiere ser simplemente exultación. Es oración porque la prenda requiere la compleción (B. Boldini, *Dal profondo a te grido*, Mondovì 1984, pp. 84ss [edición española: *Desde lo hondo a ti grido*, Ediciones San Pablo, Madrid 1986]).